

Prefacio

Nunca me gustaron los cómics de súper héroes. Ya en los años sesenta rehuía de leerlos, cuando mi —por entonces— hermano Isaac los traía a casa a escondidas. Una vida antes, incluso, eché un vistazo a uno de ellos. Se llamaba Antorcha Humana y podía volar y envolverse en llamas sin quemarse. *¿Cómo...?* Era imposible que algo ardiera sin consumirse. Si no se consumía no podía arder.

Vaya patraña.

Más adelante, también odié las películas y las series de súper héroes. Todavía más inverosímiles que los propios cómics. Sobre todo, odiaba las súper heroínas —la Mujer Maravilla, Catwoman, Lara Croft—, con sus exuberantes traseros, sus pechos grandes, sus diminutos hombros de princesa, sus brazos de porcelana y, normalmente, vestidas con pequeños trozos de tela.

Inverosímil.

Una mujer guerrera debía tener un cuerpo mucho más parecido al de una nadadora olímpica —hombros anchos, brazos fuertes, pecho plano y cadera estrecha— y, desde luego, debía vestir con ropas duras y cómodas que le cubrieran bien las piernas y los brazos, sujetadores deportivos y protectores en los codos y las rodillas. Pero la Mujer Maravilla iba por ahí, repartiendo leña, vestida con un bañador. Tal vez deberían haberla llamado la mujer arañazos, o la mujer rasguños, o la mujer ensangrentada. Con el impresionante súper poder de pelarse las dos rodillas de un solo tropiezo.

Era ficción, y era cruel, que esos palos semidesnudos con flotadores de silicona salieran indemnes de todas las peleas y, en cambio, a mí me mataran una y otra vez. Vale que en esa ficción ellas fueran súper

heroínas que salvaban el mundo, pero ¿por qué a ellas las tenía que querer todo el mundo y yo siempre me encontraba sola en el momento de mi muerte?

Tampoco era culpa mía que en la vida real no hubiera ningún mundo que salvar...

¿Qué estaba haciendo mal exactamente?

1. El plan

La historia de mi existencia empieza el 2 de febrero de 1544. Pero la historia de mi muerte empieza, exactamente, el 4 de febrero de 2002. Dos días antes —el 2 de febrero— se celebró el funeral de Dolores Guerrero Caralt, la tía de Aitor.

El único entierro al que yo había pensado asistir, en esta vida, era al mío. Y esperaba que fuera pronto, la verdad. Pero la vida siempre había sido así: tú deseabas una cosa, y recibías otra.

Me puse la mano en el pecho para comprobar si aún me latía el corazón. Sólo era cuestión de segundos que me matara el aburrimiento. En la fila de delante, la madre de Aitor volvió la cabeza hacia nosotros y me dedicó una de esas miradas de madre sobre protectora, del tipo «ni sueñes que voy a dejar que te quedes con mi hijo». Así que bajé la mano del pecho, sujeté la de Aitor y le devolví la mirada a Carmen. Eso era lo que hacían las novias en los funerales. Consolar a sus novios por su pérdida. Claro que yo no entendía muy bien por qué Aitor estaba tan afectado. Él mismo había dicho que su tía Dolores tuvo una vida horrible. Debería haberse alegrado por ella.

Yo apenas la había visto tres veces en los tres años y medio que llevaba saliendo con Aitor, y todas ellas habían sido en el hospital, tras una recaída. Se pasó los tres últimos años de vida luchando contra un cáncer de mama peleón, que no se le desenganchó del pecho ni siquiera cuando le extirparon los senos. Nunca conocí a su marido porque hacía años que la había abandonado. Y parecía que dos de sus cuatro hijos habían tomado la misma decisión. Fue toda una sorpresa verlos en su funeral.

Pero, desde luego, yo no sentía ninguna lástima por esa mujer. Más bien todo lo contrario. Sentía una envidia terrible y profunda hacia ella

porque estaba muerta. Puede que estuviera en algún lugar paradisíaco disfrutando de una hermosa eternidad, o puede que estuviera en la nada, que simplemente hubiera desaparecido del mundo y ya. Pero, aun así, ella ya estaba lejos de la vida, del dolor y del sufrimiento.

Y yo no.

Yo, que prefería morir, porque incluso no estando en ningún lugar, se estaba mejor que vivo.

Aunque ese era un pensamiento que no podía compartir con nadie, claro. Menos aún en un entierro. La gente que me rodeaba era gente normal. Personas con una única vida, relajada, en un país del primer mundo, con todas las comodidades existentes a su alcance. Y este entierro era, tal vez, uno de los momentos más traumáticos por los que pasarían nunca. ¿Cómo me iban a entender?

Nadie podía entender lo intrascendental que resultaba un entierro después de veinte muertes, veintiún nacimientos, cuatrocientos cincuenta y ocho años de vida, cuatro guerras, tres pandemias y una catástrofe natural.

Ese mismo sábado, Aitor y yo habíamos reservado hotel en La Molina para ir a esquiar todo el fin de semana. Me había relajado bastante después de los exámenes de enero. Y, *bueno*, solían darme igual este tipo de planes, pero, *no sé por qué*, me apetecía ir. Soltar adrenalina en la pista de esquí, antes de retomar las clases el próximo lunes —4 de febrero—. Tal vez, por fin, había conseguido entrar en la rutina de cualquier persona normal. Me había acostumbrado a la vida y me apetecía hacer actividades. Tal vez, sólo era un lapsus momentáneo y al día siguiente volvería a darme todo igual. O, tal vez, intuía que el final se acercaba y no me importaba tanto vivir.

Sea como sea, no estábamos en la Molina. Estábamos aquí, en el funeral de Dolores, el peor plan imaginable.

Como la familia de Aitor era católica practicante, se le dedicó el ritual completo con velatorio, misa, encomendación, sepultura y sepelio. Y como yo era la novia de Aitor, me tocaba soportar a su lado la monserga del cura y el pésame de todos sus allegados que, debido a la holgada situación económica y posición social de sus padres, eran una multitud.

En el velatorio, me colocaron con el grupo de los familiares, junto al féretro de Dolores. Intuí que por petición de Aitor. Como si no hu-

biera sido suficiente, ya, venir a acompañarlo. Alrededor de mí, todo el mundo lloraba. Carmen, sus otros cuatro hermanos con sus nueve hijos, los cuatro hijos de Dolores —aunque sólo dos lloraban sinceramente—, el padre de Aitor, Dídac, e incluso su hermano de doce años, Leo, lloró un poco —supuse que por inercia.

Aitor sólo lloró un par de veces y, otras dos, respiró hondo para recomponer la postura. El resto de la velada se mantuvo inexpresivo. Pero yo sólo aguantaba el chaparrón. El velatorio se me hacía insoportable. Y, la verdad, no hacía mucho por disimularlo. Deberían haberme colocado con el resto de asistentes, esos que se limitan a no sonreír y dar el pésame a los familiares. Pero no, en lugar de darlo, yo también tenía que recibirlo. Y ese era el verdadero problema. Que Aitor y yo —casualidades de la vida— nos parecíamos físicamente. Los dos éramos castaños de ojos oscuros, nuestro tono de piel era amarillento en invierno y tostado en verano, y nuestras constituciones eran tirando a atléticas. La gente se dirigía a nosotros dos para darnos el pésame por la muerte de *nuestra* tía. Sin duda, pensaban que éramos hermanos.

—Fue feliz —dijo un hombre bajo y delgado que se detuvo delante de nosotros.

Ese hombre no tenía ni idea de lo que decía. Si Dolores estuviera presente, estaría encabezando una conga.

«Por fin se ha muerto» —creí haber pensado—, «menos mal».

Pero el señor bajito se retiró sin decir nada, y Aitor me soltó la mano y se separó de mí. Tuve que andar corriendo detrás de él en lo que quedó de ceremonia. Y, aun así, Aitor no volvió a mirarme a la cara ni una sola vez, y aprovechó cualquier oportunidad para escabullirse de mi lado. No debería haber dicho aquello en voz alta, cierto. Pero Aitor se lo estaba tomando demasiado a la tremenda. Apenas había tenido relación con su tía Dolores. No podía estar tan afectado. Y, sobre todo, debería haberse mostrado más agradecido de que yo lo hubiera acompañado a semejante espectáculo y hubiera aguantado estoicamente las sandeces que se llegaban a decir.

Sólo oí una frase con sentido en todas aquellas horas.

—La vida es un tránsito hacia la muerte —dijo un hombre al que nadie reconoció—, Dolores ya ha llegado a su destino.

Carmen y los hijos de Dolores le agradecieron el comentario e, incluso, le dieron la razón. Pero, en cuanto el hombre se marchó, empezaron a criticarlo. Por lo visto, había sido un comentario impropio, casi una falta de respeto. Nadie era capaz de ver lo cierta que era esa frase. «La vida es un tránsito hacia la muerte». Para mí, al menos, sí tenía un significado completamente literal. Morir era mi destino, y el único objetivo que tenía en esta vida.

Lo tenía todo dispuesto para que sucediera en las condiciones estrictamente necesarias. Ésta era mi última oportunidad para morir bien. Si volvía a morir sola, una vez más, ardería en el infierno para siempre.

Había tenido veintiuna oportunidades —veintiuna vidas— para morir bien. Lo único que había necesitado era un poco de compasión humana. Morir al calor de alguien que sintiera amor, amistad o lástima por mí. Esa persona debía abrazarme o tocarme en el momento de mi muerte. Podría haber sido en la primera muerte, en la décima o en la vigésima. En el momento en el que hubiera muerto acompañada, habría desaparecido del mundo, habría llegado al paraíso o a ningún lado, pero lo que estaba claro era que habría dejado de pasar por el calvario de la vida.

Puede que la condición pareciera sencilla. Fácil de cumplir. Sólo tenía que conseguir no morir sola. Sin embargo, aquí seguía, casi medio milenio más tarde, en mi vigésimo primera vida. Mi última oportunidad. Y aún no lo había conseguido. Increíble, pero cierto. Estaba a un paso de sufrir eternamente. Por eso, en esta última vida, lo había dispuesto todo en un gran plan infalible que me ayudaría a alcanzar mi objetivo y, sobre todo, a alcanzarlo lo antes posible.

Puede que con una única vida yo también hubiera podido sentir emoción por el futuro, ganas de disfrutar el tiempo libre, de enamorarme o de tener hijos. Pero después de veinte muertes, la vida se había convertido en un lastre. Arrastraba muchos siglos de existencia. No había nada que me sorprendiera, no podía entusiasmarme con nada, ni nada me emocionaba. Todo había pasado a un segundo plano, o incluso, a un tercero. Cualquier objetivo vital que me planteara quedaba muy por debajo del deseo de que todo acabara de una vez.

Sin embargo, a pesar de lo que pudiera parecer, morir era bastante difícil. Existían varias opciones —y las había probado casi todas—.

Contraer una enfermedad grave, sufrir un accidente, suicidarme. Incluso podía esperar a que la vida siguiera su curso y la vejez acabara conmigo. Esto último nunca lo había probado. Nunca había aguantado tanto tiempo viva. Por norma general —y la forma más fácil de morir—, era que me matara un diablo.

Había cientos en el mundo y se dedicaban exclusivamente a eso, a buscar a seres malditos —como yo— y a matarlos. No sé qué ganaban ellos haciéndolo. ¿Qué podían obtener a cambio de matarnos? Lo que estaba claro era que sólo les interesaba matar a seres como yo. Las personas normales no despertaban ningún interés en ellos. Era como si quisieran limpiar el mundo de seres malditos. Eran abominaciones de la naturaleza, matando a otras abominaciones de la naturaleza. Pero, al menos, los seres malditos como yo teníamos madres, padres y hermanos. Me costaría creer que ellos también los tuvieran. Si así fuera, me compadecería de sus padres por haber engendrado a unas criaturas tan feas. Seres con apariencia humana que, en mayor o en menor medida, siempre presentaban alguna deformidad —o muchas a la vez—. Los seres malditos, en cambio, éramos normales. Nos parecíamos a nuestras madres, padres o abuelos, o incluso a algún tatarabuelo al que ya nadie recordaba. Éramos como personas normales, pero sin serlo.

Yo misma era tan normal físicamente que, aunque mis condiciones de vida pudieran parecer sobrenaturales, mis instintos y mis habilidades eran las mismas que las de cualquier otra persona corriente. Lo más fuerte o rápida que yo pudiera ser en comparación con alguien, dependía, sobre todo, de la dedicación que le pusiera a entrenarme. Era cierto que en cada vida estaba un poco mejor alimentada, tal vez, era un par de milímetros más alta e, incluso, puede que tuviera más desarrolladas mis capacidades para pelear. Me sentía más ágil, más fuerte, podía prever mejor los movimientos de los demás. Tal vez, con cada nueva vida, adquiriría un poco más de fuerza y experiencia. Pero, aun así, no estaba más capacitada para la pelea de lo que podría estarlo cualquier persona bien entrenada.

Uno de los instintos más humanos que yo poseía era el instinto de supervivencia. Por mucho que deseara morir, no me resultaba nada fácil dejarme matar. Exceptuando unas pocas ocasiones, siempre había muerto asesinada por un diablo, aunque, por norma general, yo mata-

ba a muchos diablos antes de que apareciera uno capaz de matarme a mí. También era cierto que los diablos no siempre aparecían en el momento indicado. Muchas veces, me atacaban cuando no había nadie, o casi nadie, alrededor. En esos casos, por supuesto, no me quedaba otra opción que intentar ganar la pelea, costase lo que costara. Si conseguían matarme en un lugar vacío, volvería a morir sola.

En eso era precisamente en lo que se basaba mi gran plan para morir bien. En no quedarme sola, nunca. Si no me apetecía la compañía de nadie, me escondía en algún lugar concurrido, como un centro comercial, una discoteca o un partido de fútbol.

Pero el detalle definitivo que había conseguido pulir en esta última vida tenía que ver, sobre todo, con el amor. Aprendí a ser atenta con mis nuevos padres y me esforcé por crear un círculo de amigos. Hacía lo mismo que hacían ellos, me interesaba por las mismas cosas e, incluso, a veces, simulaba sentir lo mismo que ellos. Todo lo que fuera necesario para que la gente de mi entorno me quisiera. ¿Quién dejaría morir solo a un ser querido? Por eso, el detalle estrella de mi gran plan para morir bien se sustentaba en un elemento principal: Aitor. Él era la clave. Un novio, de los de verdad, de los que nunca te dejaban sola. Ni siquiera de noche. No dejé de compartir habitación en la residencia de estudiantes hasta que Aitor decidió que quería vivir conmigo. Yo sólo le había puesto una condición: que nunca me dejara dormir sola. Y él la aceptó encantado.

Tenerlo cerca en el momento de mi muerte, sería una victoria segura. Aitor no era un chico que se acobardara fácilmente. Daba igual lo peligrosa o sangrienta que fuera la situación. No huiría de mi lado cuando yo estuviera a punto de morir. Ni siquiera aunque eso supusiera su propia muerte. Era un temerario. O, tal vez, sólo sentía adoración por mí. Yo no estaba segura de saber qué era el amor exactamente, pero si ese sentimiento existía, Aitor lo sentía por mí. No sabría explicarlo bien. No era uno de esos novios que quisiera pasar todo el día conmigo, ni de los que quisieran saber dónde había estado yo en cada momento. Ni siquiera se abrazaba a mí para dormir por las noches. Pero él era capaz de intuir todos mis estados de ánimo y conocía las cosas extrañas que yo hacía, como pelear con gente deforme —diablos— por la calle, y nunca hacía preguntas que pudieran desvelar verdades incómodas. Sólo aceptaba que las cosas eran así y me ayudaba a convivir con ellas.

A veces, se pasaba dando lecciones, y parecía más un padre que un novio. Y sí, me caía bronca cuando me tocaba lavar los platos y yo no lo hacía. Pero, aparte de eso, era el novio perfecto para mí —como si me hubiera tocado el gordo de navidad—. Tal vez yo no estuviera enamorada de él, pero lo necesitaba. Necesitaba a ese novio enamorado junto a mí, más que nada en este mundo. Me agarraba a nuestra relación como a un clavo ardiendo, y sería capaz de hacer cualquier cosa que Aitor me pidiera, para que no me dejara nunca. No pensaba prescindir de él, por mucho que a nuestras madres no les gustara nuestra relación.

Lo conocí a los dieciséis años, cuando llegué a la ciudad a estudiar el bachillerato. Yo había nacido en Tossa de Mar, un pequeño pueblo de costa, que sólo se llenaba de gente en verano. El resto del año, aquello era un auténtico desierto. Y donde no había gente no había diablos. Era pura estadística: cuantos más habitantes, más probabilidades de encontrar a seres malditos. Por eso los diablos, por lo general, eran seres urbanos. Me llevó su tiempo convencer a mis padres de que me enviaran a estudiar a la ciudad. Mi argumento era que podría recibir una educación mejor. Yo era su única hija y ellos dos eran funcionarios, así que económicamente podían permitirselo. Por fin, cuando llegué al bachillerato, Alba y Dani me enviaron a Barcelona.

Mis padres no eran creyentes, pero me matricularon en los Maristes porque era un buen instituto y, al fin y al cabo, en el bachillerato ya no se impartía religión. Se hacían grupos para rezar a primera hora de la mañana, pero yo no tenía ningún interés en hablar con Dios. Y Aitor era de esos que en casa decían que asistían al grupo de plegarias, pero, en realidad, sólo llegaban pronto al instituto para jugar un rato a fútbol con los amigos.

Ahí era dónde yo lo veía, a primera hora de la mañana, jugando. Si era verano o primavera, lo hacía en manga corta, el resto del año, si hacía falta, jugaba sin quitarse su anorak verde caqui. También lo veía en los recreos, sólo que a la hora del patio el campo de fútbol lo usaban los estudiantes de cursos inferiores.

Aitor y yo íbamos al mismo curso, pero no a la misma clase. Yo estudiaba humanidades y él hacía el bachillerato tecnológico. Me fijaba en él lo mismo que me fijaba en los demás. Es decir, entre poco y nada —a

mí sólo me llamaban la atención los seres con apariencia humana que tenían claros signos de deformidad—. Los demás alumnos, en cambio, se fijaban bastante en mí y en los otros pocos estudiantes nuevos que no habían estudiado con ellos en cursos anteriores.

Conocí a Aitor, exactamente, el día que lanzó un balonazo contra mí, cuando yo llegaba a clase. Como siempre, crucé justo por detrás de su línea de fondo, y Aitor lanzó un tiro a puerta fallando a propósito. Una chica normal le hubiera insultado por algo así. Era una actitud infantil. Llamar la atención de la chica que te gusta, lanzándole un balonazo a las piernas. Pero yo sólo paré la pelota con el pie y se la devolví. A la hora del recreo todas mis compañeras de clase sabían que Aitor Bataller me había tirado un balonazo a propósito. Pero no porque yo se lo hubiera contado a nadie, sino más bien porque Aitor estaba en boca de todas las chicas. Al parecer, era uno de los chicos más guapos del bachillerato. Incluso las chicas mayores, de segundo curso, intentaban ligar con él. Y era cierto: Aitor era el chico con mejor forma física de mi curso.

Aitor empezó a preguntar por mí a mis compañeras de clase, me hizo popular e incluso conseguí que dos chicas con poca personalidad me contaran sus vidas y me invitaran a sus planes. Por fin había hecho dos amigas en la ciudad. Sólo me duraron lo que duró el bachillerato. Pero en ese momento, no planeaba vivir mucho más allá de eso.

Salir con el guapo del instituto no era un buen plan. Siempre habría alguna chica dispuesta a quitármelo y él siempre se sentiría tentado a ligar con otras, porque oportunidades no le iban a faltar. Pero pasaba el tiempo y Aitor no dejaba de mirarme en los recreos, tropezarse conmigo por los pasillos, preguntar por mí y, cuando me encontraba sola, acercarse a hablar un poco. Así que decidí darle una oportunidad. Le di la dirección de la residencia de chicas en la que vivía entonces y le expliqué cómo podía colarse en mi habitación. Pero cuando llegué al cuarto aquella noche, lo que encontré no fue a un adolescente con una erección, sino una montaña de flores silvestres encima de mi cama. Sí, Aitor era un chico valiente.

Dos años después, decidió que debíamos irnos a vivir juntos. No teníamos dinero pero, por suerte, sus padres sí —mucho—. También tenía un primo que alquilaba un piso pequeño, de dos habitaciones —si es que al hueco en el que cabía una cama se le podía llamar segunda habi-

tación—, en la esquina de Viladomat con Consell de Cent. Nos hizo un precio especial, claro. O, mejor dicho, se lo hizo a sus tíos y a mis padres. Aitor y yo éramos estudiantes universitarios y no trabajábamos.

Vivir con Aitor era relativamente fácil. Tenía un nivel de madurez aceptable, un humor ácido muy divertido y no parecía importarle mi actitud descarada. Por supuesto, yo tenía que respetar sus momentos de descanso, no hablar cuando él quisiera estar callado, hacer como que comprendía sus sentimientos y disculparme cuando me reñía por algo que yo había hecho mal. Él hacía exactamente lo mismo por mí. Casi me costaba asegurar que Aitor tuviera diecinueve años. Sin lugar a dudas: qué suerte había tenido con Aitor.

Compartíamos la afición por el ejercicio físico. Él lo practicaba por placer y yo por necesidad —y porque me gustaba sentirme fuerte y físicamente superior—. Con él podía practicar cualquier deporte, desde salir a correr hasta hacer estiramientos en casa, los dos encerrados, un día de lluvia. Le encantaba filosofar sobre el comportamiento humano y rechazaba cualquier tipo de comprensión divina o religiosa de la vida, a pesar de que sus padres eran creyentes católicos y practicantes.

—¿Tú crees en Dios? —me preguntó Aitor, con tan sólo diecisiete años.

En aquel entonces, él ya decía ser mi novio, pero para mí no era más que un chico guapo que me acompañaba todos los días de vuelta a la residencia, haciéndome preguntas y contándome tonterías que no me interesaban en absoluto, y al que yo, luego, por las noches, le dejaba colarse en mi habitación.

Me tomé mi tiempo para pensar una respuesta. Había sido inculcada muchas veces para creer que Dios era real. Y había pasado por muchas situaciones en las que sería imposible creerlo. Puede que sí, que existiera un ser fantástico o un poder superior que jugara con nosotros, que nos condenara y que nos perdonara. Pero, desde luego, nunca me dio la sensación de que ese ser se ajustara a las doctrinas que transmitían las religiones actuales.

—Me da igual —respondí.

—Una respuesta extraña —la catalogó Aitor—. ¿No prefieres pensar que existe un Dios?

En realidad, ¿qué iba a cambiar si existiera?

—¿Tú crees que Dios existe? —le pregunté yo.

El camino fácil era escuchar su respuesta y mostrarme de acuerdo con él.

—No.

Me sorprendió en un chico tan joven, con una educación tan tendenciosa.

—¿Nada?

—Nada de nada.

—¿Ni siquiera crees en el cielo?

Aitor dudó antes de responder. No creía en el cielo de Dios, claro. Eso no hubiera tenido sentido. Pero, por lo visto, sí creía en alguna forma de vida después de la muerte, menos banal, menos superficial. Casi como algo mágico, me dio la sensación. Como si al morir fuera a aparecer, de repente, en el mundo de las hadas o en la isla de Peter Pan.

—¿Y tú? —preguntó Aitor—. ¿A dónde crees que vas cuando mueres?

Mi experiencia me decía que cuando morías volvías aquí otra vez. Una cruel y dolorosa forma de reencarnación a la que hubiera renunciado gustosamente.

—La verdad —respondí—, si no voy a ningún lado cuando muera, me parece bien.

—¿Ningún sitio? —preguntó extrañado.

Sí. Ningún sitio. Descanso eterno, del de verdad. Estaba agotada de vivir. De morir y de volver a nacer. ¿En qué lugar en el que yo pudiera tener conciencia de todas mis vidas podría encontrar placer? Ninguno, era una buena respuesta.

El sepelio de Dolores acabó tarde y después tuvimos que acompañar a Carmen, Dídac y Leo a su casa. Cuando Aitor y yo llegamos a nuestro piso, ya era de noche y yo estaba exhausta. Me tiré en el sofá, sin quitarme el bolso siquiera, y hundí mi cara en uno de los cojines. Cuando me volví boca arriba, vi que Aitor seguía de pie con el anorak puesto. Me miraba fijamente, con cara de estar muy cansado y, sobre todo, muy enfadado. Mucho más de lo que podría estar si se me hubiera olvidado bajar la basura o le hubiera rallado el coche. Sólo me miraba, callado y pensativo, seguramente, maquinando cosas malas que decirme. En momentos como este —cuando alguien me miraba con tanto desprecio—, se me hacía difícil recordar todas las cosas buenas que me gustaban de esa persona.

—He aguantado un día horrible de velatorios y monsergas por ti —me defendí sin esperar a que él atacara—. Lo mínimo que merezco es un gesto de agradecimiento, ¿no crees?

—Sólo lo has aguantado porque tenías que hacerlo —me recriminó. No tenía sentido.

—¿Por qué lo iba a hacer si no? —arremetí. Era imposible que yo sintiera nada por esa mujer—. Prácticamente, no la conocía.

—*Por fin se ha muerto* —repitió mis palabras en un tono que no me gustó—. *¡Menos mal!*

—Venga —se acabó la comprensión, ahora yo también estaba enfadada—, sabes que la vida que tenía tu tía era un asco —empecé a quitarme el bolso y el abrigo—. Estoy muy cansada para aguantar estupideces.

—¿Sabes que me parece una estupidez a mí? —volvió a sacarse las llaves del bolsillo y las lanzó sobre la mesa de centro—. Tu estúpida norma de dormir juntos.

Abrió la puerta y se fue.

Lo oí correr escaleras abajo, mientras yo continuaba quieta como una estatua de hielo, sentada en el sofá. Ni siquiera podía asimilarlo: Aitor acababa de abandonarme, inesperadamente.

Después de tantas vidas, las relaciones sentimentales se habían perdido en la escala de prioridades, como todo lo demás. El único valor que podía tener una pareja para mí, era su compromiso y su estabilidad emocional. Alguien que no fuera impredecible, que no diera sustos ni se desmoronara ante situaciones adversas. Y estaba convencida de que esa persona era Aitor.

¿Me había equivocado?

Qué más daba.

Acababa de pasar lo que no podía permitir que pasara nunca. Me había quedado sola. Daba igual si era en mi casa o en el lavabo de un avión. Había visto a diablos entrar en lugares más seguros. Los había visto atravesar ventanas, colarse en prisiones y escalar muros. Tenía que salir corriendo detrás de Aitor. Exigirle que cumpliera con su palabra. Disculparme, incluso, si fuera necesario. No podía pasar toda la noche sola. Era demasiado peligroso. Y Aitor me lo había prometido. Tal vez, la muerte de su tía le había afectado más de lo que yo pensaba, pero él me había dado su palabra. No iba a permitir que la rompiera. Estaba dispuesta a humillarme, suplicarle o lo que hiciera falta.

Pero, aunque quisiera, no lograba reaccionar. Aitor, el chico que tanto me quería, me había ofendido. Había obviado el esfuerzo que había hecho yo acompañándolo al funeral, y me había abandonado — como si yo fuera una persona indeseable—, sólo por haber hecho un comentario estúpido —y cierto—. Y encima, se había ido de manera inesperada e irracional. Como un niño con una rabieta.

Un minuto más tarde, aún no me había movido. Seguía sentada en el sofá, delante de la puerta cerrada de casa. Poco a poco, se me nublaba la vista, se me aceleraba el pulso y los escalofríos me recorrían el cuerpo. Al otro lado de la ventana del salón, estaba la calle. Y sabía que allí había cientos de diablos esperando una oportunidad como esta. Una mujer maldita, sola y atrapada. Al final todo se reducía a esto. Ni quién de los dos se había enfadado más, ni quién se había portado peor. Lo que yo necesitaba era que Aitor volviera a casa para que ningún diablo me encontrara sola.

Volví a oír pasos en las escaleras. Alguien venía a por mí y yo seguía tan petrificada que ni siquiera estaba preparada para pelear. Llamaron al timbre. Respiré hondo y le eché valor. Sabía que al otro lado podría haber cualquier cosa. Un vecino, un desconocido, o un diablo. Pero también podía ser Aitor.

Y así fue. Estaba completamente quieto, al otro lado de la puerta. Tal vez, venía a recoger sus cosas. O, tal vez, volvía para quedarse. Decidí no esperar a las explicaciones. Lo agarré de la mano y lo metí en casa. Mi orgullo también estaba por debajo de mi gran plan, en mi escala de prioridades. No sabía qué decir, así que lo abracé fuerte.

—No sabía a dónde ir —dijo Aitor.

—Pues quédate.

Y nos quedamos callados. Tal vez, lo único que había necesitado Aitor en todo ese día era un simple abrazo. Porque fue dárselo y su actitud cambió completamente. Sus músculos se relajaron, sus hombros cayeron y su voz se volvió suave.

—No pensaba dejarte —dijo.

—Ni yo pensaba permitirte.

Me devolvió el abrazo, hundió su cara en mi cuello y, luego, empezó a hablar.

—Mi tía estuvo ingresada dos días —confesó, con la voz rota—. En dos días ninguno de sus hijos fue capaz de ir a verla o avisarnos. La

última persona que habló con ella fue la enfermera que le llevaba la comida. Ni siquiera tenía compañero de habitación.

Se me erizó la piel y un escalofrío me subió por la espalda, hasta la cabeza.

—Estaba sola —comprendí.

A mi novio le dolía la idea de que su tía hubiera muerto sola.

—Nadie debería morir solo —dijo mi novio perfecto.

Eso era exactamente lo que necesitaba de él. Que fuera incapaz de dejarme morir sola. Sí, Aitor había sido impredecible hacia apenas unos minutos. Infantil e irrespetuoso. Pero su reacción se debía a un temor mucho más grande que él no podía controlar y que, a mí, me venía como anillo al dedo: Aitor no soportaba que sus seres queridos murieran solos.

La vida me sonreía, y la muerte me esperaba.

Esta vez, mi plan era infalible.